

EL SEGUNDO MANDATO DE ZAPATERO. UN ENSAYO DE PROSPECTIVA

El futuro, literalmente hablando, no existe todavía. Pero, no por ello carece de interés llevar a cabo un ejercicio de prospectiva que permita detectar aquellas tendencias emergentes susceptibles de anticipar cómo podría ser el porvenir que nos aguarda. Un trabajo ciertamente arriesgado, si tenemos en cuenta que las tendencias son únicamente propensiones, predisposiciones, probabilidades. En resumen, un conjunto de indeterminaciones que, con frecuencia, resultan contradictorias. El riesgo y la indeterminación aumentan cuando, como en nuestro caso, pretendemos ensayar cómo puede ser el segundo mandato de Rodríguez Zapatero. Y es que en el ámbito de la prospectiva política, a las propensiones, predisposiciones y probabilidades generales de la época hay que sumar la coyuntura, la correlación de fuerzas, los intereses, la economía, los efectos de las decisiones tomadas y otras variables tan imprevisibles como el futuro que se quiere pronosticar.

En el caso de Rodríguez Zapatero, está el factor humano de un político que se cree poco menos que predestinado por la Historia y que ha convertido el incumplimiento de lo prometido en una manera de gobernar. Y está, también, el carácter imprevisible de un político proclive al golpe de efecto. Pero, si desde hace unas décadas hay personas –científicos sociales, les llaman– que se atreven a anticipar el qué y el cómo de nuestra sociedad, ¿por qué nosotros no podemos intentar lo mismo con el segundo

Miquel Porta Perales es crítico, escritor y articulista

mandato de Rodríguez Zapatero? Si todo ejercicio de prospectiva tiene su teoría, es decir, su método, conviene señalar que nuestro trabajo, por decirlo a la manera de Popper, avanza mediante conjeturas, basadas en comportamientos y datos, sin olvidar el “pistoletazo” de la intuición hegeliana. Y ello en el marco de una teoría de juegos que intenta prever el comportamiento de unos agentes racionales que interactúan. En definitiva, el ensayo sobre lo que puede deparar el segundo mandato de Rodríguez Zapatero es el resultado de un cálculo *racional* sobre beneficios y gastos políticos.

LO QUE PROBABLEMENTE PERMANECERÁ DE UNA LEGISLATURA A OTRA

El espíritu republicano y la causa socialista

Se ha hablado mucho –pese a su levedad– del pensamiento de Rodríguez Zapatero. Al respecto, hay quien busca dicho pensamiento –la ideología, si quieren– en las referencias al republicanismo cívico de Philip Petit que suele hacer el personaje, en el prólogo al libro de Jordi Sevilla *De nuevo el socialismo*, en la aportación del político al volumen colectivo *Alternativas para el siglo XXI*, en el libro entrevista de Marco Calamai y Aldo Garzia publicado con el título de *Zapatero. Il socialismo dei cittadini* o en el *Examen a Zapatero* del mencionado Philip Petit. Sin olvidar ninguna de estas referencias, el pensamiento de Rodríguez Zapatero se encuentra –concentrado– en un par de entrevistas concedidas a la revista *Leviatán* (2000) y a la revista *Marie Claire* (2005).

Veamos. ¿Cuáles son las fuentes de su pensamiento político? El partido y la tradición familiar. El partido: “Una fidelidad total y absoluta con el Partido Socialista Obrero Español”. La tradición familiar: “Provengo de una familia marcada por la derrota moral de los valores del progreso, de la cultura, de la izquierda, que en los años treinta no pudieron florecer en una España marcada por una historia de oscuridad”. El abuelo, claro está: “Mi abuelo fue un capitán del ejército republicano, hombre de pensamiento socialista, militar de profesión, que fue fusilado un mes después del ‘alzamiento nacional’, y que legó parte de su sensibilidad social y su vo-

cación por el pensamiento. Hizo un testamento la noche antes de ser fusilado, con un mensaje que ha marcado mi forma de ser y pensar. Pedía que sus descendientes perdonáramos y establecía un compromiso vital que había sido el suyo: la tolerancia y la ayuda a los más débiles”.

Además de la fidelidad al partido –hablaremos de ello más adelante– y el legado familiar, ¿qué propuestas? Rodríguez Zapatero responde: el “espíritu republicano” y la “eficacia y la disciplina en la ideología socialista”. Y prosigue: hay que ampliar el concepto de ciudadanía “con una visión abierta en materia de pluralidad cultural, étnica, religiosa y también con la necesidad de reforzar la libertad, no la libertad entre comillas ‘burguesa’, sino la libertad de lo que supone ser ciudadano en tanto disponer de más poder social”. ¿La derecha? Pues, “la derecha no propugna grandes valores porque, sencillamente, nadie la creería”. ¿La izquierda? Pues, “la izquierda lleva un discurso distinto, que la sociedad reconoce en otros valores”. La doctrina política de Rodríguez Zapatero expuesta en *Leviatán* se completa con la autodefinition brindada a la revista *Marie Claire*. Así se define, lacónico y rotundo, nuestro personaje: “soy rojo, utópico y feminista”.

Pero, Rodríguez Zapatero no es sólo un programa –a modo de petición de principio, vamos a suponer que el programa existe–, sino una manera de ser –un modelo de político– que se percibe en el libro entrevista de Marco Calamai y Aldo Garzia ya citado (*Zapatero. Il socialismo dei cittadini*, 2006). ¿Qué manera de ser? ¿Qué modelo de político? Se trata de “ser auténticos”, de “practicar un nuevo modo de hacer política” que “escuche a los ciudadanos”. Idea que corrobora en *Examen a Zapatero* (2008) cuando afirma que “la política democrática implica deliberación, y la deliberación es de mejor calidad cuando incluye a todas las personas, o asociaciones, que se ven afectadas por un asunto. En la deliberación, escuchando los argumentos de los otros, somos capaces de elevarnos por encima de nuestra perspectiva habitual”. Una última cita del mismo libro: “Eso es la política, el espacio del conflicto y del acuerdo, el lugar en el que se dirime una diversidad contradictoria y se produce una armonía más o menos duradera”.

Pues bien, en su segundo mandato, continuará la retórica de un político –espíritu republicano, progreso, socialismo, ciudadanía, sensibilidad social,

compromiso vital, ayuda a los débiles, feminismo, pluralidad, poder social, deliberación, diálogo, descalificación de la derecha– que se ve como el elegido que ha de conducir a los españoles y españolas a un futuro mejor. Escuchémosle: “yo he devenido socialista con la idea de alumbrar una sociedad en que todos los ciudadanos seamos libres, en la cual ningún hombre –y ninguna mujer, añadido– sea la sombra de otro hombre. La causa de la emancipación humana es una causa socialista”. Y el caso es que este discurso, a Rodríguez Zapatero –mucho olfato y poca ideología–, le funciona electoralmente hablando. Por eso, insistirá y persistirá en ello.

El síndrome de defensa y custodia

De la retórica a la acción de gobierno, lo que probablemente permanecerá en el segundo mandato de Rodríguez Zapatero es el convencimiento que tiene el personaje de ser el prototipo de nuevo modelo de político al que la Historia –en mayúscula, por favor– le ha reservado el papel de hacer florecer en España el espíritu republicano. Y esa idea de misión que cumplir está en la raíz del síndrome de defensa y custodia que manifiesta un Rodríguez Zapatero que, con su catálogo de virtudes y buenas prácticas –lai-cismo, igualitarismo, buenismo, pacifismo, ecologismo, feminismo, diálogo, matrimonios homosexuales, discriminación positiva, nuevo modelo de Estado o Alianza de Civilizaciones– se empeña en liberar a ciudadanos y ciudadanas de las cadenas que les sujetan a un orden social y político injusto.

El síndrome de defensa y custodia –defensa del ciudadano y custodia de sus intereses, se asegura– tiene dos manifestaciones que lo definen: el exclusivismo y el intervencionismo. El exclusivismo de quien margina y demoniza cualquier disidencia y tiene la pretensión de saber con exactitud qué hacer en cada situación. El intervencionismo de quien no duda en inmiscuirse en la vida privada del ciudadano. Exclusivismo e intervencionismo que son la expresión de una mentalidad redentora.

En el caso de Rodríguez Zapatero, estamos ante un redentorismo que, a diferencia del clásico, cree en una utopía negativa que, cuestionando determinados valores liberales –el individualismo, la excelencia, el mérito, el mercado, la competencia, el interés, el éxito, la seguridad–, quiere cambiar

la vida cotidiana de los ciudadanos y ciudadanas a través de la prescripción y la proscripción por decreto.

En este sentido, invirtiendo las ideologías *soi-dissant* liberadoras de finales del XIX y primeras décadas del XX, que construían un discurso del sí, los redentores de finales del XX y primeros del XXI elaboran un discurso del no, un discurso ordenancista que invade la vida privada de los ciudadanos y ciudadanas: “no fumes”, “no bebas”, “no comas grasas”, “no consumas más de la cuenta”, “no destaques en la escuela”, “no apoyes ninguna intervención militar”, “no descartes la paz con el terrorista”. Un discurso, el de Rodríguez Zapatero, de carácter represivo-moralista que se fundamenta y justifica en función de la lucha contra el mal y en favor del bien. En definitiva, Rodríguez Zapatero se erige en juez –en juez y parte, por cierto– que dictamina lo que está bien y lo que está mal para unos ciudadanos y ciudadanas a los que se propone –lo quieran o no: ¿quizá en una democracia no existe el derecho a autocondenarse?– defender y custodiar de una suerte de conspiración liberalcapitalista y extremoderechista que acecharía por todas partes.

En el fondo y en la forma, la mentalidad que subyace en el discurso del síndrome de defensa y custodia –como ocurría en el sueño emancipatorio de sus antepasados veteromarxistas– no es sino una manifestación tardía del viejo conservadurismo romántico que se aferra a la idea de una –supuesta– buena vida, armonía y fraternidad perdidas. Rodríguez Zapatero, como viejo/nuevo romántico que es, como viejo/nuevo redentor que es, lamenta la emergencia y consolidación de unos valores liberales que prostituirían la –supuesta– unidad social del género humano.

El síndrome de defensa y custodia que manifiesta un personaje como Rodríguez Zapatero, empeñado en protegernos de los peligros que nos acechan –el humo, el alcohol, las hamburguesa, el cambio climático, la escuela competitiva, los enemigos de la paz, las malas artes de la derecha, la España jacobina y muchas otras cosas–, es la expresión de un despotismo de viejo cuño del que, ahora sí, conviene protegerse y defenderse. ¡Y pensar –otro ejemplo de un político que firma cheques que luego no paga– que Rodríguez Zapatero dice inspirarse en un Philip Petit que propone que la li-

bertad esté exenta de interferencias arbitrarias y que el gobierno ha de escuchar y respetar a los ciudadanos siguiendo la máxima clásica del *audi alteram parte!*

Lo que probablemente permanecerá de una legislatura a otra es el afán redentor de un Presidente que insistirá y persistirá –el padre severo persevera, se podría decir– en los motivos de su primer mandato. Un Presidente que no entiende que el laicismo es una opción personal, que el igualitarismo conduce a la igualdad del hormiguero, que el infierno está empedrado de buenas intenciones, que la paz no es un valor absoluto, que el terrorismo no admite diálogo, que la Naturaleza no es la única preocupación del hombre, que la igualdad de la mujer no debe sustentarse en una discriminación de consecuencias indeseables, que no se puede desvertebrar la España autonómica porque ello alimenta el independentismo periférico, disuelve la igualdad de los ciudadanos, y diluye la soberanía y la cohesión de la nación española.

Madera de Zapatero

Llegados a este punto, se podría plantear la siguiente cuestión: más allá de la defensa y custodia del ciudadano y la ciudadana según la entiende Rodríguez Zapatero, ¿existe alguna otra razón que explique e impulse los motivos del Presidente? En otros términos, ¿quizá Rodríguez Zapatero persigue algo distinto a lo que dice perseguir? Nuestra respuesta es afirmativa.

El síndrome de defensa y custodia que manifiesta Rodríguez Zapatero –ese discurso populista que se propone emancipar al ciudadano y a la ciudadana de las cadenas que le atan a un orden social y político injusto– está también al servicio del mantenimiento del poder. Nótese que decimos que está “también” al servicio del mantenimiento del poder. Lo que queremos decir es que el personaje es como es y, efectivamente, cree en las posibilidades redentoras y emancipadoras del catálogo oficial de virtudes buenistas.

Pero, hay algo más prosaico. Hay, si me permiten el término, algo más humano. Lo dicho: el afán por mantener el poder. Al respecto, el síndrome de defensa y custodia que manifiesta Rodríguez Zapatero diseña y construye por oposición la figura del chivo expiatorio. Ni que decir tiene que el

chivo expiatorio es una derecha –bautizada como derecha extrema– que carga con todas las culpas del malestar social y político existente. “Todos los otros son culpables, menos yo”, afirmaba Céline. El chivo expiatorio –esto es lo esencial en el proceso de obtención y mantenimiento del poder de que hablábamos– conduce al victimismo. Lo explica René Girard: el victimismo aparece cuando se inventa un enemigo imaginario al que se atribuyen características como la maldad, el deseo de homogeneización o, en general, la seducción con fines perversos. ¿El objetivo del victimismo? La obtención de legitimación social y política. ¿Cómo se obtiene? Criminalizando una peligrosa y supuesta amenaza –“un imaginario absoluto”, en feliz expresión de Jean Baudrillard– que, al ser denunciada y combatida, provocará la cohesión de la sociedad alrededor de quien la protege de tal amenaza. Pues bien, eso es lo que hizo Rodríguez Zapatero durante su primer mandato y, previsiblemente –¿por qué ha de cambiar si ahí radica la clave del éxito electoral?–, continuará haciendo durante su segundo mandato.

Sin circunloquio alguno: Rodríguez Zapatero –conforme vaya avanzando la legislatura y con mayor o menor sutileza– tildará a la derecha –diga lo que diga y haga lo que haga– de irresponsable, uniformizadora, prepotente, no dialogante, partidaria de la discriminación por razón de sexo, clerical, clasista, biocida, militarista y lo que convenga según sea la coyuntura y exija el interés electoral del momento.

Según contó la prensa en su día, ese intelectual orgánico del PSOE en general, y de Rodríguez Zapatero en particular, que es el escritor Suso de Toro, afirmó, al presentar su apologético libro *Madera de Zapatero* (2007), que Rodríguez Zapatero es “un *bulldog*”. Y nosotros, sin voluntad de ofender, ni de hacer una comparación peyorativa, nos remitimos a la enciclopedia canina. *Bulldog*: pesado, de inteligencia discreta, con una mandíbula inferior sobresaliente que impide soltar la presa. Traducción política: Rodríguez Zapatero, además de halagar los oídos de los suyos con lo que quieran oír en cada momento, además de criminalizar y marginar a la derecha cuando convenga, continuará usando y abusando –no soltará la presa, decía la enciclopedia– de la retórica de un espíritu republicano y una causa socialista que le sirven para mantener el poder. Y lo hará, por supuesto, con la sonrisa en los labios. Lo dijo Maquiavelo en *El Príncipe*: “Los

hombres en general juzgan más por los ojos que por las manos; porque a todos les es dado ver, pero tocar a pocos. Todos ven lo que parece, pero pocos perciben lo que eres”.

LO QUE PODRÍA CAMBIAR DE UNA LEGISLATURA A OTRA Y PROBABLEMENTE NO CAMBIARÁ

La obsesión por el poder

Según hemos visto en el apartado anterior, Rodríguez Zapatero inaugura una suerte de neopopulismo pospolítico que toma cuerpo en torno al paternalismo, la adhesión y la emoción. Un neopopulismo que se expresa a través de una ideología gaseosa que apela a la autenticidad y a una nueva manera de entender y practicar la política que remueve y promueve los sentimientos y deseos del *pueblo* a través de un lenguaje –la paz, el talento, el diálogo, la solidaridad, la laicidad, la memoria histórica, la igualdad, el multiculturalismo, la Alianza de Civilizaciones o la España plural– que reduce la complejidad del presente a un discurso insignificante y repleto de tópicos. Constatado lo cual, conviene descender, por fin, del cielo de la retórica a la arena de la política y preguntarse qué puede ocurrir durante el segundo mandato de Rodríguez Zapatero.

Señalaba el Presidente en la entrevista concedida a la revista *Leviatán* que su pensamiento se caracteriza por “una fidelidad total y absoluta con el Partido Socialista Obrero Español”. ¿De qué PSOE está hablando? En otro lugar (*La “cara dura” del socialismo español*, Papeles FAES, número 65, 2008) hemos sostenido que, a lo largo de su historia, el socialismo español ha oscilado entre el radicalismo y el reformismo y ello obedece a la coyuntura, necesidades y expectativas del partido. En otros términos, la política del PSOE –de la época de la I Internacional a la Transición– debe entenderse –con alguna excepción que confirma la regla– en clave interna. ¿El objetivo? La obtención y conservación del poder. Al respecto, el primer mandato de Rodríguez Zapatero no es la excepción. Veamos.

¿Por qué Rodríguez Zapatero rompe los consensos básicos de la Transición, arrincona a la oposición popular, impulsa un nuevo modelo de Estado, dialoga/negocia con la banda terrorista ETA, incordia y hostiga a la

Iglesia, reivindica la II República, procede a una recuperación selectiva de la denominada memoria histórica, deteriora las relaciones con los Estados Unidos al tiempo que estrecha las relaciones con los populismos y las dictaduras latinoamericanas? Dejando a un lado el hecho de que, como avanzábamos en el apartado anterior, el personaje es así y, además, se cree predestinado por la Historia para republicanizar España, el primer mandato de Rodríguez Zapatero obedece a una meditada y premeditada dialéctica entre táctica y estrategia cuya meta no es otra que la consolidación del poder.

Si Rodríguez Zapatero hace lo que hace durante su primer mandato es para facilitar una política de alianzas –con los nacionalismos periféricos y los restos del naufragio comunista– que le facilite la acción de gobierno. Y como para ello Rodríguez Zapatero necesita criminalizar a la oposición popular, poner en cuestión la idea de España, decapitar el pacto antiterrorista y desjudicializar la lucha antiterrorista, promover el laicismo, resucitar el fantasma guerracivilista, agitar el sentimentalismo y la irracionalidad antiamericanos, como necesita hacer eso para mantenerse en el poder “como sea”, lo hace. Es así como la “cara dura” del socialismo español –el radicalismo– triunfa en detrimento del moderantismo socialista.

Algunos analistas advierten que, después de las elecciones del 9 de marzo de 2008, se abre un nuevo escenario en la política española. Al parecer, Rodríguez Zapatero podría rectificar. Los indicios apuntan que el Presidente no está dispuesto a dialogar/negociar con la banda terrorista ETA, que no está dispuesto a establecer acuerdos parlamentarios con determinadas fuerzas nacionalistas periféricas, que no está dispuesto a negociar un acuerdo de financiación que beneficie a determinadas Autonomías. Los indicios apuntan, también, que Rodríguez Zapatero está dispuesto a llegar a acuerdos con el Partido Popular, que está dispuesto a enfrentarse a la crisis o desaceleración económica, que está dispuesto a reconsiderar una política de inmigración excesivamente laxa, que está dispuesto a rehacer las relaciones con los Estados Unidos. ¿Cabe la posibilidad de que Rodríguez Zapatero rectifique? Aquí es donde surge la teoría de juegos de la cual hablábamos en las primeras líneas de este artículo.

A la luz de la teoría de juegos –que, como señalábamos, intenta prever el comportamiento de unos agentes racionales que interactúan–, tiene su lógica que Rodríguez Zapatero rectifique. Cuando el diálogo/negociación con la banda terrorista ha sido un fiasco, cuando la redefinición del modelo de Estado ha generado agravios y protestas en el seno del PSOE, cuando la política de alianzas con los nacionalistas periféricos ha obligado a determinadas concesiones difíciles de entender y aceptar, cuando el laicismo puede haber movilizado en contra al electorado católico, cuando el Partido Popular ha aumentado el número de votos en las elecciones del 9 de marzo de 2008 a pesar de la criminalización sufrida, cuando Unión, Progreso y Democracia –pese a la falta de recursos, el ocultamiento propiciado por la prensa de izquierda y el voto útil socialista o popular– ha entrado en el Congreso de los Diputados con un programa que reivindica la regeneración de la izquierda y el fortalecimiento del Estado sin complejos ni hipotecas, cuando todo eso ocurre, Rodríguez Zapatero no tiene, en principio, más opción que rectificar una política que no le depara los beneficios deseados.

Por decirlo a la manera de la teoría de juegos: la matriz de resultados y pérdidas elaborada por el PSOE después de las elecciones generales del 9 de marzo, indica que las decisiones tomadas por Rodríguez Zapatero –esto es, la mercancía electoral ofertada y el precio que pagar por ella– ha obtenido, en un mercado electoral en que opera un número reducido de oferentes, un resultado no enteramente satisfactorio que podría poner en peligro la hegemonía del socialismo, si se tiene en cuenta que un número muy importante de compradores/electores han optado –además de por la abstención– por otra oferta o marca política. Y es esa reacción no prevista ni deseada por el socialismo la que induce a la rectificación. La que induce a variar, en principio, una oferta socialista que el comprador/elector no está dispuesto a adquirir –cada uno tiene sus razones– en un mercado de libre concurrencia ideológica y política. Rodríguez Zapatero debería acomodarse a la realidad del mercado virando hacia la moderación.

¿Qué puede ocurrir durante el segundo mandato de Rodríguez Zapatero? En las líneas que siguen, vamos contemplar qué podría suceder en algunas cuestiones de singular importancia que marcan la agenda española. Y ello –sin olvidar la psicología del personaje– considerando que –seguir-

mos con la teoría de juegos– la estrategia de Rodríguez Zapatero dependerá, en buena medida, de la de los adversarios políticos. Y viceversa.

El llamado proceso de paz

Hablemos del mal llamado proceso de paz, es decir, de la negociación con la banda terrorista ETA. Rodríguez Zapatero, muy probablemente, lo volverá a intentar. Durante los primeros meses de esta segunda legislatura, Rodríguez Zapatero se presenta como un baluarte en la defensa de la legalidad y el orden constitucionales. Ninguna negociación con la banda terrorista ETA, por tanto. Y ahí están, para demostrarlo, las importantes detenciones del mes de mayo. Acción policial y deslegitimación social y política, en resumen. Pero, ¿cuánto tiempo durará esta rectificación que pone en entredicho la anterior estrategia de Rodríguez Zapatero? Si la banda terrorista ETA actúa como un agente racional –o eso puede llegar a creerse– y proclama el cese definitivo –¿quién se fía de la semántica del terrorismo etarra?– de la violencia, ¿cómo reaccionará un Rodríguez Zapatero que no parece dispuesto a desempolvar el Pacto Antiterrorista ni a derogar la resolución parlamentaria que autoriza el diálogo con la banda terrorista en ausencia de violencia? ¿Quizá el buenismo que señalábamos en el primer apartado resistirá la tentación de conceder otra “oportunidad a la paz”?

Y todavía hay más: ¿resistirá Rodríguez Zapatero la tentación de pasar a la Historia –él, que cree en la misión que la Historia le ha reservado– como el pacificador del País Vasco? Y si cree –como es muy posible que crea– que la pacificación del País Vasco le permitirá ganar las elecciones de 2012 –o cuando se celebren: ¿un adelanto electoral a modo de plebiscito que legalice el acuerdo de paz con la banda terrorista ETA?–, ¿resistirá la tentación de intentarlo de nuevo para continuar en el poder a lo largo de una tercera legislatura? Queda por plantear la siguiente cuestión: ¿qué acuerdo con ETA? Veamos. ¿Por qué no un Pacto de Loyola renovado –a cumplir a plazos– que se materializase en un nuevo Estatuto de Guernica que implicaría una modificación del marco jurídico-político vigente? Un nuevo Estatuto que reconocería la identidad nacional del pueblo vasco, que contemplaría la posibilidad de decidir a la irlandesa o la escocesa, que establecería un órgano institucional común encargado de coordinar los te-

rritorios vasco y navarro. ¿El previsible recurso del Partido Popular ante el Tribunal Constitucional? Remito a la correlación de fuerzas –la que hay y la que vendrá en virtud de la correlación de fuerzas en las Cortes– existente en el Tribunal.

Un último detalle: el nuevo Estatuto –de ser aceptado por el PNV: ¿por qué no contemplar un nuevo lehendakari previo descalabro electoral de Ibarretxe?– permitiría un eventual gobierno socialista-nacionalista en el País Vasco. Una mayoría muy cualificada del PSE en las elecciones autonómicas vascas, ¿podría aplazar o limitar el proceso de elaboración de un nuevo Estatuto de Guernica?

El resquebrajamiento de España

Cierto es que, de momento, España no se rompe. Pero, podría resquebrajarse. En algunos lugares de España –en esos lugares en que “España” ha caído en desuso en beneficio del “Estado español”– se deslegitiman las instituciones del Estado, se cuestionan preventivamente las resoluciones del Tribunal Constitucional contrarias a los nuevos Estatutos, se habla del “derecho a decidir” de las Autonomías y del “desapego” de alguna de ellas en relación a la legalidad vigente, se ridiculiza lo español, se dirige la mirada hacia Irlanda, Montenegro, Escocia o Kosovo. Más: se inventa una nación territorial –una patria histórica– que convive con otras naciones territoriales, se subraya la diferencia entre el “nosotros” y el “ellos”, se instala y se educa el “nosotros” en una cultura propia y diferenciada con el objeto de transformarlo en un sujeto de la historia.

Al respecto –por sacar a colación el “nacionalismo banal” de Michael Billig–, existe un nacionalismo difuso que aparece en todas las manifestaciones rutinarias –símbolos, lengua, educación, información, cultura, deporte, etc.– de la vida cotidiana. Un nacionalismo que actúa sobre el subconsciente individual y concibe España como lo exterior. Ese proceso de ingeniería social deliberada necesita la figura del enemigo imaginario, la figura del homogeneizador o seductor con fines perversos, a quien culpar de los males existentes. ¿Adivinan de quién se trata? El Estado español, por supuesto. Es decir, España. Y como el problema reside en una Transición que ha conducido a España a un callejón sin salida, habrá que revisarla.

Habrá que revisar la Transición. Habrá que revisar España. Ahí está, por ejemplo, el nuevo Estatuto de Cataluña –además de algún otro, por cierto– y el que pueda aprobarse en el País Vasco.

Pregunta: ¿quién ha abierto –por decirlo coloquialmente– el melón neoonstituyente de carácter federal o confederal? Pues, sí: Rodríguez Zapatero en su empeño –la misión que le ha adjudicado la Historia, decíamos– de instalar la pluralidad territorial en España y, de paso, asegurarse alianzas con los nacionalismos periféricos. ¿Rectificará en este su segundo mandato? Por convencimiento –el personaje es así, afirmábamos–, no rectificará. Aunque es posible que esta deriva, a tenor del relativo éxito del llamado “giro españolista” previo a las elecciones generales del 9 de marzo de 2008, tenga su límite. Pero, la deriva federal o confederal ya consolidada permanecerá. O lo que es lo mismo, el Estado no recuperará el poder perdido y la desigualdad por razón de territorio –algo muy poco republicano, debería saber el Presidente– se consolidará.

En cualquier caso, Rodríguez Zapatero tiene un problema: la financiación autonómica. ¿Cómo aceptar la relación bilateral que en materia de financiación establece un Estatuto de Cataluña que perjudica –vuelve la teoría de juegos y la reacción de los diversos agentes implicados en el asunto– los intereses económicos de, por ejemplo, las Autonomías gobernadas por los socialistas?

La respuesta parece ser la siguiente: marchemos todos juntos y yo el primero por la senda de la Ley Orgánica de Financiación de las Comunidades Autónomas y el Consejo de Política Fiscal y Financiera sin ningún tipo de privilegio. Pero –continúa la teoría de juegos–, ¿cómo reaccionará la Generalitat de Cataluña, presidida por el socialista José Montilla, que exige la bilateralidad y la reducción de la solidaridad a la sanidad, la educación y los servicios sociales? ¿Quizá los 25 diputados del PSC en el Congreso de los Diputados pueden llegar a rebelarse –como algunos, socialistas incluidos, piden en Cataluña– contra Rodríguez Zapatero? ¿Le interesa a Rodríguez Zapatero enemistarse políticamente con el socialismo catalán? ¿Quizá está pensando en substituir –está por ver si lo consigue, pero Rodríguez Zapatero el tolerante es implacable con quien le

contradice– a José Montilla por Carme Chacón o Celestino Corbacho? Aunque, también es cierto que un pacto bilateral de financiación con la Generalitat de Cataluña, además de contentar a los votantes que el PSOE tiene en Cataluña, contentaría a una CiU con la cual podría establecer una alianza en el Congreso de los Diputados con la vista puesta en el mantenimiento del poder. Pero, si eso ocurre, ¿cómo calmar los ánimos de unas Autonomías gobernadas por los socialistas que también dan sus diputados a Rodríguez Zapatero?

Al parecer, la respuesta sería –así se retuerce la semántica– una suerte de bilateralismo multilateral en que participarían todas las Autonomías en pos de un criterio común en materia de financiación autonómica. Pero, esta solución tiene sus problemas: ¿aceptará la Generalitat de Cataluña un “café para todos” cuando resulta que el nuevo Estatuto de Cataluña –Rodríguez Zapatero así lo quiso– establece precisamente la bilateralidad estricta con criterios preestablecidos? ¿De dónde sacará Hacienda –en una época de vacas flacas y cuando la recaudación disminuye– los recursos suficientes para complacer a unos y otros? Si se concede finalmente a las Autonomías la capacidad de endeudarse para financiar su gasto, ¿quién acabará pagando la factura? Rodríguez Zapatero puede ser víctima de su propia demagogia y del afán por prometer a unos y otros lo que no puede cumplir.

¿Crisis? ¿Qué crisis?

Aceptemos que, como dice el Gobierno, en España no hay crisis económica, sino desaceleración. Al fin y al cabo, técnicamente hablando, la crisis aparece cuando se suceden dos trimestres con crecimiento negativo. Lo que interesa saber es qué hará Rodríguez Zapatero para enfrentarse a una desaceleración –descenso del crecimiento y aumento de la inflación y el desempleo: una auténtica recesión intertrimestral definida por el signo de la estanflación– que puede transformarse, de hecho y de derecho, en una crisis en toda regla.

Esta es nuestra hipótesis: Rodríguez Zapatero minimizará el alcance de la desaceleración y será incapaz de superar la tradicional receta socialdemócrata de administración de la desaceleración o crisis. La minimización del

alcance de la desaceleración se ensayará con el auxilio de una suerte de neolengua que disfrazará y pervertirá el significado de los conceptos. A ello, hay que añadir el discurso de la esperanza, las previsiones optimistas y la búsqueda de culpables externos como el precio del petróleo y la globalización capitalista. Hablando del encarecimiento de la energía, ¿será capaz Rodríguez Zapatero de plantear el tema de la energía nuclear como ocurre en diversos países europeos? Rodríguez Zapatero, en lugar de plantear el tema, especulará con el recibo de la luz a mayor gloria de sus intereses electorales.

Por su parte, la tradicional receta socialdemócrata de administración de la desaceleración girará alrededor de una rebaja fiscal ficticia –sea la reducción de las cargas administrativas de la empresa o los 400 euros a deducir del IRPF por quienes efectivamente puedan hacerlo: clases medias y acomodadas– que recupera el viejo asistencialismo electoralista de la izquierda, de un probable aumento del gasto público –hay que satisfacer a los electores reales y potenciales– que reducirá el superávit, de un crédito oficial los beneficios del cual están por ver. No cabe descartar que Rodríguez Zapatero, además de prometer tiempos mejores, confíe en alguna locomotora internacional o acabe creyendo en el cuento de la lechera que dice que a la caída del consumo ha de seguir la de los precios la cual, a su vez, favorecerá un consumo que, finalmente, demandará más empleo.

¿Cómo reducir un déficit exterior que supone el 10 por ciento del PIB e hipoteca el futuro? Rodríguez Zapatero no sabe ni contesta. ¿Cómo aumentar la productividad, clave para superar la desaceleración? Lo que no hará Rodríguez Zapatero –además de proceder a una rebaja fiscal no ficticia– será impulsar la congelación salarial, la liberalización del mercado, la flexibilización de los contratos laborales, los contratos laborales individuales en función de la cualificación profesional y la productividad de cada trabajador. Y no lo hará únicamente por una cuestión de talante socialista, sino porque ello equivaldría a enfrentarse con un sindicalismo corporativo que –¿dónde están las manifestaciones sindicales ante los efectos de la crisis o desaceleración?– le brinda apoyo y le podría montar un otoño caliente cuando, a la vuelta del verano, se negocien los convenios colectivos. Y si la situación económica empeora, Rodríguez Zapatero, además de distraer a los

críticos con alguna cuestión *ad hoc* convenientemente sobredimensionada, buscará algún otro culpable como las turbulencias internacionales que no cesan. Pero, ¿cómo explicará que, pese a todo, en Alemania y Francia la economía empieza a fortalecerse, a diferencia de lo que sucede en una España sin plan conocido para enfrentarse a la realidad económica?

Así las cosas, Rodríguez Zapatero –el electoralismo siempre por encima de la economía– intentará ocultar el impacto de la desaceleración sacando a colación los avances –supuestos– de la política social socialista. Pero, ¿qué ocurrirá cuando la desaceleración –descenso de los ingresos públicos– ponga en entredicho los avances –supuestos– de la política social socialista por el simple hecho de que el dinero público deberá utilizarse para costear las crecientes prestaciones de desempleo? Dos posibilidades, al respecto: o Rodríguez Zapatero rompe el rigor presupuestario y genera déficit público con el objeto de garantizar servicios sociales y electores, o saca otro conejo –sonriente, por supuesto– de la chistera. En cualquier caso, nada bueno.

El neopopulismo pospolítico, la teoría de la crispación, la estrategia del miedo y el abrazo del oso

Señalábamos antes que Rodríguez Zapatero inauguraba un neopopulismo pospolítico que removía y promovía los sentimientos y deseos del *pueblo* a través de un lenguaje –la paz, el talante, el diálogo, la solidaridad, la laicidad, la memoria histórica, la igualdad, el multiculturalismo, la Alianza de Civilizaciones o la España plural– que reduce la complejidad del presente a un discurso insignificante y repleto de tópicos. Cabe esperar que este neopopulismo continúe –¿por qué cambiar si hasta ahora le ha dado buenos resultados?– a mayor gloria de los intereses del Presidente. Un neopopulismo que permitiría que Rodríguez Zapatero capitalizara los votos de una Izquierda Unida en proceso de descomposición. Y, sobre todo, un neopopulismo que Rodríguez Zapatero podría seguir utilizando contra el Partido Popular.

Si el Partido Popular exige la vuelta al Pacto Antiterrorista y la derogación de la resolución parlamentaria que autoriza el diálogo con la banda terrorista ETA en ausencia de violencia, el neopopulismo de Rodríguez

Zapatero permite acusar a los populares de boicotear un eventual proceso de paz y crispas la política con finalidades electorales. Si el Partido Popular pide explicaciones sobre determinadas acciones, podría ser acusado –lo hizo la ministra Carmen Chacón con el asunto del pesquero Playa de Bakio– de irresponsable y de crispas la política con finalidades electorales. Si el Partido Popular reclama mayor rigor en el control de la inmigración ilegal –Rodríguez Zapatero continuará sin ninguna política de inmigración y usará y abusará del buenismo–, podría ser acusado –el neopopulismo otra vez– de xenofobia y de crispas la política con finalidades electorales. Si el Partido Popular critica el laicismo y la Educación por la Ciudadanía, podría ser acusado de no respetar la idea de pluralismo y crispas la política con finalidades electorales.

El neopopulismo pospolítico y la teoría de la crispación se resuelven en una estrategia del miedo que, como indicábamos más arriba, construye un enemigo imaginario que, al ser denunciado y combatido, provoca la cohesión de la sociedad alrededor de quien la protege de tal amenaza. Traducción práctica: votos, más votos. Y si el PSOE propusiera un pacto de Estado sobre determinadas cuestiones –¿una manera de acomodarse a la realidad para conservar el poder?–, habría que tener cuidado con eso que llaman el abrazo del oso. ¿Confiar en la palabra del Presidente? Ya dijo Hannah Arendt que la sinceridad y la política mantienen muy malas relaciones.

dia, que la

vespertinas

En Nueva Revista sabemos
alrededor

dónde encontrar las claves
mente som-

de la realidad política y cultural.
ba una luz;

nos cuatro

e la noche.

Nueva Revista

www.nuevarevista.com

Suscripciones:
91 519 97 56